



LA PRIMERA ESCISIÓN ENTRE TRAIADORES

MIENTRAS yo atravesaba el pedazo de tierra norteamericana que hay que recorrer para ir a Sonora, me informé por la Prensa yanqui de las primeras desavenencias entre los traidores de la Ciudadela de México. Lefá con gran sabor una carta de que hablaban mucho los periódicos americanos de aquellos días, y que le dirigía desde Veracruz Manuel Mondragón a Félix Díaz.

La carta era del tenor siguiente:

«Veracruz, Junio 26 de 1913.

»Señor general Félix Díaz.

»Mi querido Félix:

»Dentro de unos cuantos momentos zarparé el buque destinado a conducirme al extranjero, y por tal motivo puedo hablarle ya con absoluta claridad, sin despertar la sospecha de estar inspirado por la ambición política o por la rabia desbordante del fracaso. Me he esperado hasta el último instante, a fin de no perjudicar el prestigio de su popularidad.

»Cuando los periódicos anunciaron la ruptura del «Pacto de la Ciudadela», entendí desde luego la turbia maniobra en

que lo había metido Rodolfo Reyes; pero aunque la intriga se había urdido con el cordón de la más increíble ingratitud, preferí callar y me resigné abnegadamente a que sobre mí se descargaran todas las responsabilidades de la presente situación. Pero ahora es distinto. Pronto abandonaré las playas de mi Patria, y aun cuando me propusiese lo contrario, cualquier trabajo mío resultaría ineficaz. Por eso mis palabras, lejos de tener finalidad política, son únicamente la expresión dolorida de quien tiene «sabor amargo en la boca» y da libre curso al justísimo resentimiento que lo embarga.

»¿Resentimientos con Huerta? No, amigo mío. El Presidente hizo su movimiento aparte el 18 de Febrero, y por esta causa no tenía el deber de acompañarme al precipicio. Mis quejas van únicamente contra aquellos que, beneficiados por mí, no hayan vacilado en sacrificarme en aras de su interés personalísimo y de su conveniencia particular. Usted, amigo Félix, estaba ligado por dos pactos: el del general Huerta, que autorizó usted con su firma, y el mío, que selló únicamente con su honor. El primero podría usted romperlo, de acuerdo con el Presidente. El segundo era de aquellos que no se pueden tocar sin convertir en añicos la gratitud y el pundonor. Yo debí el Ministerio, no a usted personalmente, sino a la Revolución de la Ciudadela. Y a una misma Revolución debieron Rodolfo Reyes, la Cartera de Justicia, y usted su salida de la prisión y su candidatura presidencial.

»Ahora bien, ¿quién es el verdadero autor del movimiento revolucionario del 9 de Febrero? ¿Usted o yo? . . . Que responda la opinión imparcial de la República.

»Nadie ignora, amigo Félix, que yo fui quien concibió primero el pensamiento de la Revolución; que yo mismo comprometí a la oficialidad; que yo asalté los cuarteles de Tacubaya y formé las columnas que se dirigieron a la Penitenciaría y al Cuartel de Santiago; que yo igualmente abrí las bartolinas en que se encontraban el general Reyes y usted; que yo

puse a ustedes dos en libertad; que yo, por fin, después del desastre frente al Palacio Nacional, ocasionado por el impulsivismo de Reyes y la impericia de usted, reuní la fuerza dispersa y atacé la Ciudadela, logrando su inmediata rendición. En la fortaleza, yo dirigí la defensa, con una constancia que pueden atestiguar todos los revolucionarios. Yo construí parapetos, abrí fosos, levanté trincheras y dirigí todas las operaciones militares. En una palabra: yo fui el *todo* durante los días de la Decena Trágica, y la Historia dirá, tarde o temprano, que hasta el día 18 de Febrero mi figura fué la primera, por no decir la única, saliente en la Revolución.

»En esta fecha estalló otra Revolución militar, fuera de la Ciudadela, y como derrocara al Gobierno del Sr. Madero, vino como consecuencia un Pacto de las dos Revoluciones. ¿Por qué firmó usted ese Pacto y no yo, como justamente correspondíame? Por dos razones: la primera estriba en mi absoluta falta de ambiciones políticas; la segunda se basa en la convicción de que era usted agradecido; en la suposición de que, teniendo usted plena conciencia de que toda su personalidad se había formado por actos míos, habría de acompañarme abnegadamente a la desgracia, cuando se presentase, y al desastre, si alguna vez venía.

»El general Huerta no me debía favores ni servicios de ninguna clase, y por lo mismo ha estado en su derecho para separarme del Ministerio en el momento que así le convino. Pero usted y Rodolfo no debieron consentir fría y pasivamente en ello, sin decidirse a retirarse conmigo de la cosa pública. Pero es curioso, amigo Félix, que Rodolfo y usted hayan roto el Pacto de la Ciudadela, con el exclusivo objeto de perjudicar a quien les había preparado la mesa.

»En cambio, roto el Pacto, siguen en el banquete. A mí me habría dolido salir del Ministerio de la Guerra en cualquier circunstancia, porque el fracaso siempre es penoso;

pero el salir empujado por aquellos a quienes yo encumbré, constituye una decepción inconsolable, que nunca pude imaginar. ¿Que mi separación se imponía? Pues entonces, amigo Félix, «a jalar parejo», como dicen en mi pueblo. Sin embargo, ustedes se resolvieron a olvidar los antiguos servicios y sólo «barrieron para adentro».

»Usted sabe que lo que conmigo se ha hecho, además de ser ingratitud, envuelve enorme falsedad. Yo no soy el único responsable del recrudecimiento de la guerra civil. Los autores del presente estado de cosas somos *todos*, y principalmente usted, que careciendo de popularidad, se obstina en ser el próximo Presidente de la República. También se encuentra en primera línea de la culpabilidad Rodolfo, que con sus constantes manifiestos, declaraciones e intrigas, no cesa en su trabajo funesto para la Patria.

»Por lo demás, no debiera extrañarme la conducta inquieta del consejero que ha escogido usted. Si subió al Ministerio sobre el cadáver de su padre, nada tiene de particular que compere su continuación en el Gabinete con mi ostracismo político. Pero usted, amigo Félix, debe detenerse en la peligrosísima pendiente en que resbala sin remedio. Ayer confió usted la dirección del órgano político a quien atacó con más encarnizamiento el señor general Porfirio Díaz. Hoy colabora en la expulsión del que forjó la personalidad que ostenta usted. ¿Qué fin se propone con estos manejos? ¿Cree usted que por tales escalones se asciende indefinidamente? No, amigo mío: el éxito no coincide nunca con la ingratitud.

»Yo me retiro de la vida pública. El pueblo sabe ya que usted se separa de Mondragón, que le sirvió con riesgo de su vida, para ligarse con Zayas Enríquez, que ultrajó cruelmente al protector, al padre de usted. . .

»Así es la vida, así es Rodolfo, así también ha resultado usted. Pero antes de partir, a fin de que usted perciba la diferencia entre su conducta y la mía, le recordaré que el 13 de

Junio, cuando escribí mi renuncia, usé en ella la palabra *solidaridad*, que usted no conoce, o que por lo menos la olvidó al romper, no el Pacto de la Ciudadela, sino el otro pacto, el no escrito, el celebrado bajo la fe de lealtad con quien tuvo el gusto de romper los hierros de su cautiverio y labrar el pedestal de su personalidad actual, y que hoy lo tiene sin rencores ni malos deseos, al sacrificarse obscuramente para atizar la llama agonizante de la casi muerta popularidad de usted.

Manuel Mondragón. ▶



